

Danzón dedicado

Francisco Peña Carrera*

Nunca supieron de dónde vino la música. De pronto, en medio de aquella madrugada tibia, a la orilla del mar, las notas del danzón "Mocambo" llenaron el espacio filtrándose hasta sus corazones enamorados. Él la tomó entre sus brazos y empezaron a bailar con gentil compás recortándose la silueta ondulante de sus cuerpos, estrechamente unidos, contra la ígnea y suave claridad de la alborada.

Después la magia terminó, conforme languidecía la música, ella se fue disolviendo entre las manos de él, licuándose primero y después sublimándose hasta volverse parte del aire perfumado a mar y lejanía. Ahora sus manos, antes llenas de ella, estaban húmedas de llanto. En medio de la borrachera delirante, se fue abriendo paso la tristeza esclarecedora, que lacerante le hacía consciente de su dolorosa soledad; mientras seguía bailando, ahí solo, con la mano derecha suavemente pegada al vientre y la mano izquierda en alto, ambas palmas extendidas. Cuando la música cesó fue a sentarse en cuclillas entre unas rocas que le ampararon. Se cubrió la cara y su llanto silencioso estalló en sollozos que se resolvieron en una carcajada acallada por el mar que se azotaba ruidosamente contra las piedras.

Un sol esplendoroso dio lugar a un cielo y a un mar intensamente azules. El llanto fue efectivo en su catarsis porque le sirvió de consuelo. Se incorporó y echó a andar; a sus espaldas le pareció escuchar una familiar voz femenina que le llamó por su nombre y giró emocionado... no había nadie... nada... sólo el incesante embate del mar sobre las piedras e

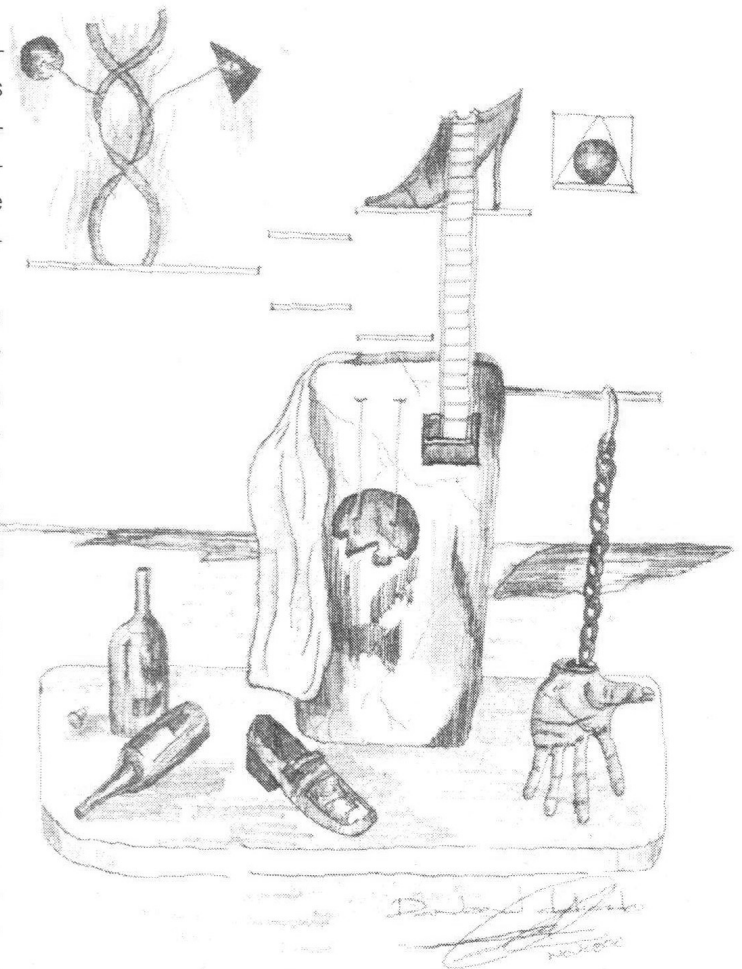


Ilustración: Jorge A. Flores Bermúdez.

*Maestro en ciencias, profesor e investigador de la ESIA Tecamachalco.